

**Jaime Antonio Etchepare Jensen.** *Surgimiento y evolución de los partidos políticos en Chile, 1857-2003.* Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, 2006, 510 pp.

DANNY MONSÁLVEZ ARANEDA  
Depto. Ciencias Históricas y Sociales  
Universidad de Concepción

A comienzos de 2007, mi ex profesor y actual colega en el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, Jaime Antonio Etchepare Jensen, procedió a obsequiarme una de sus últimas publicaciones, obviamente centrada en su vasta especialidad como lo es la historia política electoral de Chile.

Motivado por la conversación con Jaime Etchepare y por la lectura misma del libro es que me “atrevo” a reseñar el trabajo de mi antiguo profesor.

Desde el punto de vista de la estructura formal, el texto se divide en seis partes, a lo cual se agrega una introducción, conclusiones, bibliografía general y una muy interesante síntesis histórica y bibliográfica de cada partido político, complementada con las respectivas referencias bibliográficas, lo cual permitirá (o motivará) al lector a profundizar sus conocimientos en el período histórico, coalición, partidos o personajes políticos que él estime pertinente.

En la presentación que hace Etchepare Jensen de su libro, deja claramente establecido que la descripción fáctica del texto se circunscribe “atendiendo las modalidades del régimen político, del sistema electoral y la normativa partidista vigente”; es decir: 1) 1857-1891. Régimen Presidencial; 2) 1891-1925. Régimen “Parlamentarista a la Chilena”; 3) 1925-1958. Régimen Presidencial, sistema proporcional d’Hontd; 4) 1958-1973. Régimen Presidencial pero con creciente influencia de las directivas de los partidos políticos; 5) 1989-2003. Régimen Presidencial; normativa partidista más acabada y de alcance de mayor amplitud’ (pp. 10-11). El primer período de estudios comprende gran parte del siglo decimonónico, 1857-1891 y se concentra en presentar y describir lo que fue la lucha política posindependencia, específicamente el período 1820-1830. Allí encontramos las rivalidades entre los bandos políticos, definidos por el autor como “agrupaciones temporales de personas en torno a un caudillo, motivadas por una circunstancia específica, carente de programas concretos y de organización permanente” (p. 13). Dentro de estos bandos podemos nombrar a ohigginistas, carteristas, federalistas, estanqueros, pipiolos y pelucones. Algunos de ellos hacia mediados del siglo XIX darán vida a los partidos políticos, es el caso del Conservador y Liberal.

Líneas posteriores se menciona un proceso importante y que a nuestro juicio el autor no le da el realce que este tuvo, como fue la creación por parte de Francisco Bilbao y Santiago Arcos de la “Sociedad de la Igualdad”. Si bien el texto señala que este grupo fue fuertemente influenciado por acontecimientos europeos, como por ejemplo la revolución de 1848, no es menos cierto que la institucionalización de la Sociedad de la Igualdad se constituyó en un espacio de debate y reflexión para el desarrollo de una conciencia política alternativa a la oficial, especialmente de aquellos disidentes del conservadurismo imperante y donde el sector de los artesanos cumplió un papel importante. A nuestro juicio, la aparición de la Sociedad de la Igualdad y otras entidades afines significaron un quiebre y un salto significativo en torno a intentar romper la instrumentalización política tradicional y utilitaria practicada por la elite política (o los bandos) imperante desde los años veinte.

Pasando a otro aspecto, Etchepare sitúa el origen de los partidos políticos al incidente conocido como la “cuestión del sacristán” (1856), hecho que provocó un quiebre entre las relaciones de la Iglesia y el Estado, pero al mismo tiempo gatilló la división del sector oficialista pelucón, provocando el seguimiento del Partido Conservador Católico y el Partido Nacional. “A partir de estos acontecimientos podemos sostener que se inicia la competencia partidista en nuestro país. Ya que, liberales, conservadores y nacionales plantean programas concretos de gobierno, se dotan de una organización permanente y compiten por los cargos de representación ciudadana” (p. 29). Finalmente, a conservadores, nacionales, liberales se unirá el Partido Radical, como fuerza política que abrazaba fuertemente las ideas de libertad, igualdad y fraternidad; de seguro, todas ellas influidas por un fuerte componente masónico en sus filas.

El radicalismo, según nos cuenta Etchepare, propugnaba: “Reforma a la Constitución (1833), enseñanza laica, descentralización administrativa y libertad electoral”. Bajo este prisma, el radicalismo – a nuestro juicio – se transformó en el brazo político de la masonería chilena.

Otro de los puntos que nos muestra el texto en esta primera parte son las disputas que se desencadenan en torno a problemáticas laico-religiosas, específicamente lo que fueron las denominadas leyes laicas, llámese

cementerios, matrimonio y registro civil, todas ellas propugnadas por el liberalismo oficial imperante en la segunda mitad del siglo XIX.

Si bien el texto en gran parte del siglo decimonónico nos entrega una descripción del proceso institucional; es decir, desde la superestructura política-ideológica; a nuestro entender el autor omite algunos elementos que pueden ser dignos de ser abordados o profundizados en un futuro estudio; por ejemplo, por qué un fuerte componente de autóctonos, específicamente mapuches, se alinea políticamente a favor de la causa realista más que de la patriota en la coyuntura independentista.

Otra variable a prospectar es lo que algunos historiadores denominan las prácticas prepolíticas, instrumentales o tradicionales que la élite desarrolló con el bajo pueblo específicamente entre 1820 y 1840.

Tampoco se profundiza el desempeño o el papel que cumplieron los artesanos como sujetos histórico-políticos en el periodo mal llamado "anarquía" (1823-1829) y el posterior a aquél.

Otras problemáticas que extrañamos fueron los mecanismos extra e institucionales que utilizó el triministro Diego Portales y el bando conservador triunfante en la Guerra Civil de 1829 para dar forma a lo que la historiografía conservadora y más tradicional llamó el Estado Portaliano, Estado en forma, con su mítica frase del "Peso de la Noche".

Si se va a aludir al proceso político institucional chileno de aquellos años, no se puede ni debe omitir la dinámica y los mecanismos impuestos por el sector liderado por Diego Portales.

Para finalizar en esta primera parte, es bueno matizar el análisis en cuanto a la corriente liberal. Efectivamente y tal como lo señala el texto existió una corriente liberal tradicional que el autor la circunscribe específicamente al Partido Liberal y al Partido Radical; sin embargo y en paralelo a aquello, surgió desde el interior de estos partidos, específicamente desde el radicalismo, un sector liberal de jóvenes e intelectuales que desarrollaron una conciencia, un discurso y una praxis sociopolítica afín al liberalismo popular, en el cual no sólo se luchaba por laicizar la sociedad, sino también por un proteccionismo a la producción artesanal e industria nacional y obviamente en lo político por una ampliación de los derechos civiles y ciudadanos.

La segunda parte del texto va desde 1891 a 1925. El autor denomina el período bajo el rotulo de "Parlamentarismo a la Chilena", específicamente porque el sistema impuesto por el grupo (oligarquía) triunfante en la Guerra Civil de 1891, intentó establecer un tramado institucional afín al sistema parlamentario europeo, donde el Congreso tuviera mayor injerencia política que el Ejecutivo. En vista de aquello fue que se trató de emular el sistema parlamentario europeo. Sin embargo, en la práctica distó mucho de aquello.

Así lo demuestra Etchepare a través de un análisis comparativo entre el sistema chileno y el europeo (pp. 45 a 49). Siendo elementos reiterativos del "Parlamentarismo Chileno" las rotativas ministeriales, la fragilidad a la hora de constituir alianzas estables y duraderas.

Otros fenómenos asociados al periodo están directamente vinculados con el sistema electoral, específicamente con algunas (malas) prácticas que se desarrollaron a fin de aunar fuerzas sobre determinados candidatos, partidos o coaliciones. Es el caso del cohecho y caciquismo, a lo cual se agregaba las llamadas dinastías electorales; es decir, la frecuencia con que se repetían los familiares y apellidos en los cargos de representación popular, específicamente a nivel presidencial (pp. 50-51).

A nivel de partidos políticos, el esquema que proviene del siglo XIX se mantiene. Eso sí, la dinámica de los nuevos tiempos posibilita el surgimiento de nuevas corrientes y tendencias políticas (pp. 51 a 64), que si bien algunas de ellas muestran poca fuerza electoral, serán un antecedente válido para la estructuración de futuros partidos, es el caso del Comunista, Socialista, Falange Nacional, protagonistas directos de la lucha partidaria a contar de los años treinta.

En resumen, el autor caracteriza el periodo por "...sus frecuentes crisis ministeriales, las que tenían generalmente origen en la versatilidad e indisciplina de los partidos políticos. Estos sólo discrepaban en relación a las llamadas 'cuestiones doctrinarias', siendo su máximo motivo de pugnas los apetitos administrativos y las ambiciones electorales" (pp. 65).

La tercera parte del texto comprende el período 1925-1958, el cual comienza aludiendo a la gestación e implementación de una nueva carta fundamental (1925) que se estableció bajo el mandato de Arturo Alessandri Palma (pp. 67 a 74).

A continuación, el estudio se centra en el primer mandato presidencial de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Durante aquel período presidencial el autor destaca —entro otros aspectos— el famoso Congreso Termal del año 1929, en el cual sus componentes fueron designados por Ibáñez y los diferentes jefes de partidos en las Termas de Chillán. Esta parte se complementa con la defenestración de Ibáñez el año 1931, originada por

la gran crisis económica del año 1929. La agitada coyuntura de 1932, en la cual podemos citar la breve República Socialista como un coyuntura significativa de lo que será la fuerza y preponderancia que tendrán las ideas socialistas en la historia chilena a contar de la década del 30.

Restaurado el nuevo orden institucional con la elección de Arturo Alessandri en 1932 como Presidente de la República, el texto nos menciona algunos significativos acontecimientos a nivel político-partidista, el primero de ellos fue el nacimiento del Partido Socialista de Chile el año 1933. De acuerdo a la lectura del texto, "...los fundamentos doctrinarios del Partido Socialista surgían de diversas y controvertidas influencias: social-democracia; anarcosindicalismo; aprismo peruano, trotskismo y marxismo-leninismo. Esta heterogeneidad explicará, en gran medida, las futuras divisiones del socialismo" (pp. 90-91). Junto al socialismo emerge al interior de los conservadores la Falange, el referente y antecedente político de lo que fue años más tarde la Democracia Cristiana. Un segundo factor a destacar es la conformación de la derecha chilena a través de la coalición de conservadores y liberales que llevó al poder a Alessandri Palma en 1932. Una tercera variable la constituye la influencia de los movimientos fascistas de entreguerras, en el caso chileno con el nacimiento en abril de 1932 del Movimiento Nacional Socialista chileno, inspirado en el ejemplo del nazismo alemán.

Según Etchepare Jensen, el Nazismo chileno era "una organización militarizada, provista de tropas de asalto, uniformes y todas las exterioridades de los llamados movimientos fascistas. Logró ganar considerable audiencia entre la juventud. Indudablemente estaba influenciado en forma notoria por el NSDAP de Adolf Hitler" (p. 96). Si bien el Nazismo chileno posee poca fuerza electoral durante la década del treinta, su apoyo será decisivo en el triunfo que obtuvo el candidato del Frente Popular Pedro Aguirre Cerda en la elección presidencial de 1938.

A propósito de esto último, a contar de aquel año y hasta 1952 se da inicio a la era radical, que tiene como particularidad que el Partido Radical se constituyera en la primera fuerza electoral a nivel nacional y como influencia dominante en el gobierno (p. 107).

Durante el mandato radical se desarrollan la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, contextos internacionales que repercutieron fuertemente en los partidos y coaliciones políticas, especialmente en la izquierda chilena. Así el texto lo demuestra con el fraccionamiento que sufre el socialismo y la postura que tendrá el comunismo, especialmente durante la administración de Gabriel González Videla.

El conflicto político que estalla entre el Partido Comunista (que apoyó fuertemente la candidatura de González Videla) y el Presidente de la República será resuelto a través del proyecto de ley que el Ejecutivo envió al Congreso bajo el rótulo de Ley de Defensa Permanente de la Democracia y que después de ser aprobado por una importante mayoría en el Congreso significó inhabilitar "...a los miembros del Partido Comunista para el desempeño de cargos públicos, cargos de elección popular y de directivos sindicales; los miembros reconocidos del PC eran borrados de los registros electorales, finalmente se prohibía toda actuación política del comunismo" (p. 152).

Otro de los protagonistas del período es el caso de Carlos Ibáñez, su accionar se ve en algunas candidaturas presidenciales, pero principalmente su participación estará presente en algunos movimientos y conatos militares tendientes a alterar el orden institucional.

Además, un rasgo muy importante del período es la aparición en la escena política nacional de algunos jóvenes dirigentes políticos que décadas más tarde tendrán una destacada participación en la política nacional; es el caso de Eduardo Frei y Salvador Allende.

Se destaca dentro del análisis y descripción que realiza Etchepare del período 1938-1958, "...el cansancio frente a las versatilidades e ineficacia para solucionar los problemas económicos que afectaban a los sectores mayoritarios que habían caracterizado el accionar de las dirigencias políticas en el período presidencial de Gabriel González Videla" (p.177). Hay un manifiesto y progresivo agotamiento de la clase política y los partidos, teniendo al Partido Radical como su máximo exponente. En vista de lo anterior, el autor sitúa el triunfo de Ibáñez el año 1952, quien se presenta a dichas elecciones rechazando el predominio que ejercía el Partido Radical en la Administración Pública y su repudio a las llamadas fuerzas tradicionales.

Una variable importante a la cual se alude en el texto, específicamente a contar de 1932, son las llamadas elecciones complementarias al parlamento y que a juicio del autor han tenido una influencia importante en la evolución política del país, ya sea en la generación de futuras candidaturas presidenciales, en el devenir de algunas agrupaciones políticas, cambio de gabinete o algunas reformas políticas administrativas; un ejemplo de aquello fue el llamado naranjazo, elección complementaria en Curico del 15 de marzo de 1964, previa elección presidencial de 1965. En dicha elección triunfa el candidato del FRAP (Oscar Naranjo), lo cual provoca desconcierto en las filas oficialistas, trayendo como consecuencia que la derecha (liberales y conservadores)

apoyen sin condiciones de ninguna especie la postulación de Eduardo Frei Montalva a la Presidencia de la República (p. 226).

Pasando al capítulo 5, que va desde 1958 a 1973, resulta de sumo atractivo porque se puede apreciar cómo se perfilan electoralmente, en la primera parte, lo que van a ser las futuras contiendas y luchas políticas electorales de los llamados tres tercios de la política o los denominados proyectos globales, encabezados por un nuevo centro político como lo fue la Democracia Cristiana (1957), la izquierda con el FRAP (1956) primero y luego con la Unidad Popular (1969) y por último la reestructuración de la derecha chilena, esta vez con la formación del Partido Nacional (1966).

Dentro de este período destaca la abrumadora fuerza con que penetra al sistema político y a determinados sectores de la población la Democracia Cristiana, que sólo como partido logró llegar al poder en 1964 y además, alcanza una abrumadora mayoría en las elecciones parlamentarias de 1965. Para Jaime Etchepare esto se debió a: "1. El deseo del electorado de dotar al Presidente Frei de un Parlamento favorable, que le permitiese llevar a cabo su programa de reformas político-económicas; 2. El apoyo oficial a los candidatos del PDC. Objetivamente, podemos decir que jamás en la historia chilena del período 1925-1973, un gobierno vinculó tanto su accionar a la campaña electoral de un partido ni jugó tantos resortes de la Administración pública en pro de sus candidatos; 3. La adhesión de la Iglesia Católica: curas, frailes e instituciones de caridad rivalizaron en fervor partidista y celo por la causa del PDC" (p. 233).

La coyuntura Unidad Popular a pesar de ser breve en años en comparación con las dos administraciones que le antecedieron, ocupa un lugar importante dentro del análisis que hace el autor. Eso sí, si bien Etchepare centra su análisis en la disputa político-partidista, agregando una alta cuota de ideologización al período, nos resulta débil el análisis que hace para comprender la dinámica y los mecanismos de interpretación de la realidad que utiliza la izquierda chilena, más allá de lo que es el período 1970-1973. Lo mismo para la derecha, el Partido Nacional y su vínculo con algunos militares en retiro y en servicio activo.

Por otra parte hubiese resultado muy interesante que el autor aludiera a la influencia y ayuda internacional (EE.UU. y URSS) que recibieron los diversos partidos políticos del período, tanto para colaborar en reforzar la vía chilena al socialismo o bien para provocar la desestabilización del gobierno de Allende.

Si bien se reconoce el aporte cuantitativo, sobre la base de los resultados de las elecciones parlamentarias, municipales y complementarias, siempre hay algunos errores que remendar, por ejemplo, en la parte correspondiente a los partidos políticos durante la Unidad Popular y a la cual también se alude en la síntesis histórica y bibliográfica de cada partido político, aparece una afirmación incorrecta referente al MAPU (pp. 457-458). El autor dice que este movimiento sufre una crisis ya que "(Jaime) Gazmuri expulsó a (Oscar Guillermo) Garretón y sus seguidores, los que constituyeron el MAPU Obrero Campesino". Esta aseveración es errónea ya que fue precisamente Garretón quien expulsó a Gazmuri y a otros militantes y en la disputa por quién se quedaba con el nombre MAPU; finalmente la concesión la obtiene la fracción del diputado por Concepción Oscar Guillermo Garretón. De esta manera, Gazmuri constituyó el MAPU-Obrero Campesino, cercano a la línea del Partido Comunista, del Partido Radical y al Presidente Salvador Allende. Mientras que el MAPU Garretón se alineó con la postura socialista, de la Izquierda Cristiana y del MIR desde fuera de la Unidad Popular.

La parte número 6, período 1989-2001, a mi entender es una de las más relevantes del libro, especialmente porque el autor se sumerge en el análisis y descripción de nuestra historia política-electoral más reciente, bajo los gobiernos de la Concertación.

Lo llamativo de este período es que las elecciones se rigen por un nuevo sistema electoral como es el binominal, el cual se impuso a través de la Constitución de 1980, bajo la Dictadura militar de Augusto Pinochet y que tiende a estructurar la correlación de fuerzas políticas en dos grandes bloques que se distribuyen los cargos de representación y el poder político. De hecho, así se aprecia en todas las elecciones parlamentarias que se han llevado adelante desde 1989 a la fecha. Es más, el binominalismo ha provocado que desde el retorno a la democracia sean siempre los mismo partidos políticos los representados en el Parlamento; por la Concertación, la Democracia Cristiana, Partido por la Democracia, Socialista, Radical (socialdemócrata), por la derecha, Renovación Nacional y Unión Demócrata Independiente. El caso del otrora fuerte Partido Comunista, que no forma parte de la Concertación, ha bregado por obtener representación parlamentaria y por modificar el sistema electoral vigente, lo cual le permitiría —a juicio de ellos— alcanzar algunos escaños en el Parlamento.

En una de las últimas partes del texto, y a manera de reflexión general, Etchepare Jensen señala claramente las particularidades y los rasgos del proceso político chileno y el funcionamiento del sistema electoral

(pp. 375 a 395). Algunas de estas conclusiones son: “1. Los partidos políticos chilenos han experimentado notables evoluciones ideológicas. 2. Los partidos modifican con gran frecuencia sus posiciones doctrinarias y ubicación en el cuadro partidista chileno. 3. Inexistencia de vinculaciones permanentes entre representantes y regiones. 4. Entronizamiento de verdaderas dinastías locales en torno a una senaturía o una diputación. 5. Los partidos son entidades de escasa militancia, a menudo de existencia circunstancial, creados ad hoc para un proceso electoral determinado. 6. Las alianzas entre los partidos políticos obedecen únicamente a intereses electorales, sin que existan coincidencias ideológicas o programas de acción común. 7. Legislación electoral adaptada al interés partidista. 8. Mala posición de los candidatos independientes en relación a los abanderados partidistas: virtual monopolio de los partidos. 9. Escepticismo de la opinión independiente, nostalgia del poder fuerte. 10. Constante presencia del pensamiento antipartidista. 11. Permanentes diferencias y choques entre mandatarios elegidos y el partido, o los que lo apoyaron”.

A lo anterior podemos inferir que a contar de 1830 la historia política electoral de Chile se ha caracterizado por el dominio de un sector minoritario de la sociedad. Es una élite (aristocracia, burguesía, oligarquía) que detenta la preeminencia política, económica y militar, que a través de diversos mecanismos y por casi doscientos años se ha distribuido el poder en Chile y a procedido a la construcción del Estado a través de dos mecanismos o de una dualidad como es la de crisis-consenso. Esta dualidad opera cada vez que hay crisis institucionales (guerra civil o golpes de Estado). La élite gobernante se encarga de buscar los mecanismos de consenso para superar esta crisis. Dichos consensos se traducen en decretos, leyes (de amnistía), normativas, las cuales se traducen en una disposición mayor como es una nueva Constitución (1833, 1925 y 1980); sin embargo, estos consensos o acuerdos que se estipulan entre la élite gobernante no cuentan con la participación o legitimidad de la sociedad civil o de la población. ¿Producto de qué?, de que a juicio de la élite gobernante de turno la gran responsable de la crisis ha sido esa misma sociedad civil, que ha actuado con irresponsabilidad en su accionar. Por lo tanto, como fue la gran responsable de la crisis (desde el pipiolismo de los años veinte del siglo XIX hasta los marxistas en la coyuntura 1973), no están en condiciones (éticas, morales o intelectuales) de poder solucionar y buscar los consensos mínimos para superar la crisis; a lo más pueden o podrían ser convocados (plebiscitos y consultas) para reafirmar —la mayoría de las veces— los acuerdos a los cuales ha llegado la élite en el poder.

Para finalizar y como conclusión final de la lectura del texto, podemos decir que más allá de compartir o no el enfoque, la interpretación, la línea política del autor, de algún error puntual y de las omisiones propias de un trabajo historiográfico, se trata de un texto bastante completo, de fácil lectura y comprensión desde la perspectiva político-electoral, y por sobre todo que viene a llenar un vacío de conocimiento, específicamente de los últimos 17 años de nuestra historia.

Con este libro Jaime Etchepare se consolida aún más como el especialista que va quedando en los temas de historia política electoral de Chile; que si bien esta línea de investigación no parece ser una de las más atractivas dentro de la academia y de la historiografía más reciente, su trabajo nos sirve —además— de motivación para prospectar y estudiar aquellas omisiones a las cuales nos hemos referido en las líneas anteriores.